

CLAVES CATEQUÉTICAS PARA LA INICIACIÓN A LA EUCARISTÍA

JESÚS BURGALETA
Instituto de Pastoral
Madrid

En toda catequesis fundamental de los sacramentos, la eucaristía es el sacramento por excelencia, es necesario tener en cuenta dos niveles básicos de iniciación: el existencial y el de la expresión.

En torno a estos dos aspectos voy a plantear algunas claves para la iniciación eucarística. Como cualquiera puede comprender, no voy a tocar todos los aspectos de la eucaristía, sino aquellos que me parecen más oportunos. La realidad eucarística es más profunda y más amplia que cualquier aproximación que se pueda hacer; y más aún si esta aproximación se realiza en un simple artículo.

I. INICIAR A LA EXISTENCIA EUCARÍSTICA

Dicho de otro modo: vivir lo que la eucaristía celebra.

Para poder adentrarse en el significado de la cena de despedida hay que mirar a la vida de Jesús. En ella encontramos el motivo de por qué se tiene que despedir y por qué acaba en la cruz. "Había amado a los suyos que vivían en el mundo y los amó hasta el fin. Estaban cenando..." (Jn 13,1-2).

A lo largo de su vida, Jesús ha desarrollado el proyecto que Dios quería de él: ser hombre entregado por entero a Dios y dedicado a hacer el bien a los demás. En medio de las graves contradicciones y amenazas, hasta la muerte, permanece fiel a Dios y a su destino de hacer el bien a

todos por amor. Cuando todo estaba a punto de explotar, Jesús se reúne con sus discípulos a cenar y celebra con ellos lo que ha vivido, por el don de Dios, a lo largo de toda su vida: su ser "cuerpo entregado" y "sangre derramada". En la cena Jesús vive, celebra y comparte, con Dios y con sus discípulos, lo que ha sido su constante trayectoria vital: no ha venido para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida... por todos (cf. Mc 10,45).

Los discípulos que celebran la eucaristía han de vivir el mismo proyecto de vida que desembocó en la última cena y la cruz. De lo contrario, ¿cómo se puede celebrar lo que celebró Jesús y vivir en la eucaristía lo que Jesús vio en la cena? Hay que iniciar al "vivir eucarístico" para poder celebrar con verdad el "sacramento de la eucaristía". Éste es un caso más de la indisoluble relación entre la fe y el sacramento.

"Haced esto en memorial mío" (Lc 22,19) no es la encomienda de un ritual, sino la invitación a un modo de vivir y de hacer. El "memorial" de Jesús se realiza en la existencia y luego se celebra en la eucaristía. Cuando los corintios se contentan con repetir los gestos materiales de la cena de Jesús, sin vivir en la comunidad lo que Jesús vivió, Pablo les dice: "Eso que hacéis no es la cena del Señor" (1 Cor 11,20). Hay que vivir lo que vivió Jesús — "como yo os he amado" (Jn 15,12)— para poder celebrar con él y como él. "Haced vosotros lo mismo que yo he hecho" —el servicio a los demás por amor— (Jn 13,15). ¿Cuál es la realidad existencial que se celebra en la cena de Jesús y en la eucaristía de las comunidades?

1. *Vivir en la comunión con Dios*

El vivir de Jesús consiste radicalmente en la comunión con Dios. Es presencia de Dios a él, presencia de él a Dios: relación de amor y entrega mutua. Jesús comulga con Dios de Dios, y Dios comulga con Jesús de Nazaret de lo humano.

De la misma manera acontece en los discípulos: su vivir es comunión con Dios. Experiencia de Dios-Amor, que se da gratuitamente, sin interés alguno. Experiencia de Dios "entregado y aceptado", lo que genera en el creyente un proyecto de vida en el amor: entrega desinteresada al Dios que se entrega gratuitamente. Así fragua esa existencia humana que consiste en ser encuentro, diálogo, presencia compartida, comunión. De

este modo comienza a realizarse la promesa de la Alianza: "yo tuyo / tú mío; yo en ti / tú en mí".

La iniciación a la fe y al proyecto de vida eucarístico es introducción al encuentro con Dios. No con un Dios abstracto, sino con el Dios que late en el misterio de la Trinidad. La fe nos conduce hacia la participación en la vida íntima y comunal del mismo Dios. "Mi Padre lo amará, y los dos vendremos a él y viviremos con él" (Jn 14,24). Entre la vida de Dios y la vida del hombre se realiza una especie de entrenzamiento que no acertamos a desentrañar, pero que nos es dado vivirlo como experiencia de comunión: "Yo con el Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros" (v. 20).

La comunión con Dios, vivida, es indispensable para poder celebrar la comunión eucarística. La catequesis no puede perder nunca de vista que en la eucaristía con quien entramos en comunión, en última instancia, es con Dios-Amor, y lo que celebramos es esa comunión con Dios: Dios-Padre –a quien va dirigida toda la oración eucarística de alabanza–, Dios-Hijo –cuya presencia en la historia revela el amor del Padre–, Dios-Espíritu Santo –por quien hoy el Padre y el Hijo están presentes en medio de la historia ofreciendo su amor y derramando la comunión en nuestros corazones– (la epiclesis eucarística proclama el protagonismo del Espíritu en la comunión).

2. *Vivir la comunión con Jesucristo*

Creer en Jesús es vivir la experiencia de una "presencia". La fe en él es encuentro, adhesión, seguimiento, permanecer con él y en él, mantenerse injertado como el sarmiento en la vid (Jn 15,1-5). El que cree en Jesús se deja invadir por su misma savia, recibe su mismo principio vital, queda unguado por su mismo Espíritu. Hasta tal punto que el "acontecimiento de Jesús" es el "acontecimiento del creyente": se es hijo con el Hijo, cristo con el Cristo, heredero con el Heredero, nueva criatura con el Primogénito de la nueva humanidad, consepultados con el Crucificado, conresucitados con el Resucitado.

El creyente ha de ser iniciado a vivir a Jesús como actualmente presente y realmente entregado, dando vida para que tengamos vida. Y, a su vez, el creyente ha de ir configurando un proyecto que consiste en hacerse presente al Cristo presente, en entregarse al Cristo entregado. Hasta tal punto que entre ambos vuelve a producirse, como en el caso de la relación

con Dios, un remolino de relaciones que llamamos comunión. Una unión tan intensa que Pablo en un alarde llega a exclamar: "Vivo yo..., no yo, Cristo vive en mí", que se podría completar diciendo también: "y yo vivo en Cristo" (Gál 2,20).

Éste es el núcleo de la existencia eucarística: vivir "Cristo en mí y yo en él", "él presente en mí, yo presente a él", "Cristo dado en comunión a mí y yo ofrecido en comunión a él".

La eucaristía es la celebración del "cuerpo entregado por nosotros" y es a la vez la acción en la que la comunidad y sus miembros se entregan a su vez al Cristo entregado. La eucaristía celebra el centro de la vida de la fe: presencia mutua, coparticipación, interacción, compartir, comunión,

Si no se tuviera el inicio de esta experiencia y no se estuviera en el camino de empezar a vivirlo, ¿qué se podría estar celebrando en la eucaristía? Nunca se insistirá bastante en el aspecto de que la eucaristía es "presencia de Jesús a nosotros y, a la vez, presencia de nosotros a Jesús".

3. *Vivir la comunión con los hermanos* ("Por vosotros", "por todos", "para la vida del mundo").

La comunión con Dios, como raíz de la vida y proyecto personal, alentada y sostenida por la comunión con Cristo y la acción del Espíritu, desarrolla una vida eucaristizada, consistente en la entrega a los demás. Quien recibe gratuitamente, da gratis; quien vive en el encuentro, realiza su proyecto de vida como encuentro; quien está en comunicación radical, entabla con todo su entorno comunicación; quien está en comunión, desarrolla comunión. La existencia cristiana se reduce a vivir del amor y en el amor, compartiendo. Sobre este cimiento se levanta el edificio de la acción eucarística. El que vive en la dinámica del "cuerpo entregado" puede realizar la acción singular de pertenecer a la comunión del "Cuerpo de Cristo". Esto, en concreto, se traduce en el desarrollo de la vida cristiana:

– Amando a los otros: gratuitamente, procurando para los demás el bien aun en detrimento propio; siendo capaz del olvido de sí y de salir de uno mismo – entrega – para que los otros sean edificados.

– Amando a los otros en el medio en el que los otros viven.

El amor a los otros es universal: amor a todos. Pero tiene una opción prioritaria que pertenece a la dinámica del amor empeñado en el bien: hay que amar más y primero al que más lo necesita. Este amor a los otros no

puede prescindir, si quiere hacer el bien, del medio socio-político-cultural-económico en el que los demás están y viven. El amor a los demás encierra un compromiso solidario en la lucha contra la estructura del mal que deshumaniza y una actividad conjunta para crear las condiciones en las que los demás puedan desarrollar su vida, como personas y grupo, con menos dificultades.

En el caso del amor a los más necesitados no es suficiente con hacerles el bien concreto, inmediato y pasajero, sino que hay que atajar además las causas que, por la responsabilidad de todos, están segregando sin cesar inhumanidad y sufrimiento.

Vivir la comunión como los seguidores de Jesús la viven: realizando el proyecto de la fraternidad universal, que se concreta en el sacramento de la fraternidad que es la comunidad, cuerpo de Cristo.

La comunidad es el ámbito en el que se revela de un modo real y vivencial que te aman y que amas, que se te entregan y te entregan, que te salen al encuentro y te encuentras, que te comparten la vida y comparten. Ella es el sacramento fundamental de Dios y Cristo entregados en los mismos hermanos que se dan. Y en la comunidad se realiza la entrega de los creyentes a Dios y a Cristo en la misma entrega fraternal. Cuando se vive en el amor fraternal, "podemos saber que estamos con Dios. Quien habla de estar con Dios tiene que proceder como procedió Jesús" (1 Jn 2,5-6.10). "Quien no ama a su hermano no es de Dios" (3,10; 4,9-10). "Si nos amamos mutuamente, Dios está con nosotros y su amor está realizado entre nosotros; y esta prueba tenemos de que estamos con él y él con nosotros" (4,12-13). "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que sigue conmigo y yo con él es quien da fruto (Jn 15,5), "manteneos en ese amor que os tengo" (vv. 9-10), y para manteneros "amaos unos a otros como yo os he amado (hasta) dar la vida (por los demás)" (vv. 12-13).

En la comunidad se configura el sacramento básico de la comunión y el compartir. En ella Dios y Cristo se hacen presencia sensible y en la comunión fraternal nos entregamos a ellos. En ella toma cuerpo el misterio de la presencia de Cristo, hasta hacer de nosotros su cuerpo. "Muchos formamos un solo cuerpo" (1 Cor 10,17). La comunidad es el cuerpo de Cristo, y la eucaristía es el sacramento del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

La vida comunitaria, que es comunicación, diálogo, fraternidad, encuentro, presencia mutua, participación en una misma realidad –koinonía–, es la masa con la que se fabrica el pan de la comunión. Resulta ser una comunidad de hermanos-compañeros (de *cum* y *panis*) que comparten el mismo principio vital. Todos comen de la misma realidad y todos ponen en común esa misma realidad participada; se distribuye una parte a cada uno y se vuelve a reunir lo repartido por la acción de la comunión entre todos. El dinamismo eucarístico consiste en compartir entre todos lo que se reparte a cada uno, en dar lo mismo que se recibe.

Para poder celebrar la eucaristía de la Iglesia es necesario vivir a la vez estas tres realidades: presencia entregada de Dios y Cristo a nosotros, presencia entregada de nosotros a Cristo y a Dios, presencia entregada de nosotros a nosotros. Así es la vida cristiana; esto es lo que hay que estar viviendo para poder celebrar la eucaristía. De aquí hay que partir para una buena iniciación. No en vano, en toda la tradición de la iniciación cristiana, la eucaristía es el último paso que culmina el proceso de la conversión bautismal.

II. INICIAR A LA EXPRESIÓN EUCARÍSTICA

La eucaristía es un sacramento y tiene en común con todos ellos el "ser símbolo de una cosa sagrada y forma visible de la gracia invisible"¹.

1. *Iniciar a la expresión simbólica*

No hay que tener miedo al símbolo, que es el medio más pleno y rico que tiene el ser humano para expresar, profundizar y comunicar las realidades más trascendentales y decisivas de su vida.

En la catequesis de la eucaristía hay que superar el recelo que, desde siglos, se ha creado en torno al símbolo. Cuando hablamos del "símbolo" no nos estamos refiriendo a simples representaciones de la realidad, como si la acción simbólica fuera un remedo de la misma, o un esbozo, o una caricatura. En la acción simbólica la realidad significada no está fuera de la expresión sensible, sino dentro de ella. Cuando alguien da un beso con

¹ Trento ss. XIII, c. 3; Pablo VI, *Eucharisticum Mysterium*, n. 4.

amor, en la misma realidad sensible está presente el amor significado; no anda por un lado la realidad visible del beso y por otro la realidad significada del amor. En el mismo beso se realiza, se percibe, se hace y se da el amor que expresa. El símbolo es portador de realidad significada, aunque no se confunda con ella. Cuando los que se quieren realizan la acción simbólica de compartir su amor, en esa misma acción están mostrando y viviendo la realidad invisible de la comunión.

Para realizar una buena iniciación eucarística es necesario ayudar a unificar la profundidad y la periferia, la experiencia y su expresión, lo espiritual y su corporalización. Hay que recuperar urgentemente la corporalidad y, desde la unidad de la persona, dejar que el cuerpo sea la epifanía de lo más genuinamente humano y de la experiencia invisible de la fe. Además, la catequesis ha de entroncar al cuerpo en su entorno —somos parte de un todo— y concitar la capacidad significativa de toda la creación; ella coopera eficazmente en la tarea de hacer visible lo que no aparece inmediatamente ante los sentidos. El catequista, al iniciar a la eucaristía, ha de tener en cuenta que lo más hondo —la comunión con Cristo y entre nosotros— sólo aparece, se da y se recibe en lo más periférico y visible. ¡La profundidad está en la piel!

En la iniciación práctica a la eucaristía hemos de poner en movimiento al cuerpo, desarrollando la actividad de sus sentidos a tope: en donde la vista sea capaz de reconocer al otro y entrar en contacto con él mediante los elementos que desarrollan la acción simbólica, en donde el olfato rastree los indicios que nos muestran el misterio, en donde el tacto perciba como cercana la presencia del otro y capte el palpitar de su amor fraterno, en donde el oído se abra a la comunicación mutua y la recoja en lo más recóndito del corazón, en donde el gusto —como sabiduría— saboree la delicia de estar los hermanos reunidos y el placer de la mesa de la Palabra, en la que el pan del cielo y la bebida del Reino son ofrecidos al paladar de los creyentes.

Será preciso resucitar la sensibilidad, para que por medio de los sentidos corporales se pueda llegar a alcanzar el sentido y vivir su significado. Un cuerpo muerto, unos sentidos anestesiados, incapacitan para descubrir la presencia de Dios y de Cristo en la vida, que pasa como una tenue brisa entre los árboles del bosque al atardecer (Gn 3,8; 1 Re 19,11-13). Dios es un rumor y cada uno somos para los otros una tenue vibración que es necesario percibir para poder entrar en comunicación.

(No es éste el momento de explicar detenidamente qué es un "símbolo" y su diferencia con el "signo" y por qué los sacramentos y la eucaristía pasaron de comprenderse como símbolos a convertirse en signos y las graves consecuencias que se derivaron de este cambio para la vivencia y comprensión de la eucaristía. Se puede encontrar expuesto en no pocos libros actuales sobre los sacramentos y la eucaristía.)

2. *Iniciar a la "reunión" (símbolo fundamental de la acción eucarística)*

La acción eucarística comienza con "el pueblo santo congregado"². Somos convocados a la reunión para celebrar lo que ella es y significa: comunión de hermanos que forman el cuerpo de Cristo por la acción del Espíritu Santo, que realiza esa comunión de la Iglesia. En la eucaristía se saca a luz, por la acción del Espíritu, el misterio de Cristo-presente-entregado-por-amor-al-servicio-de-todos y el fruto de esa entrega: la comunión de la comunidad. En esta comunión fraternal, realizada aquí y ahora, cristaliza el sacramento de la presencia de Dios-Amor, misterio trinitario, que nos da la posibilidad de vivir en el amor³.

La reunión manifiesta el ser de la comunidad, cuyo sacramento es la eucaristía⁴. Por ello la catequesis de la eucaristía exige la iniciación a la reunión de la comunidad, que se congrega para celebrar su ser cuerpo de Cristo. La vivencia de la comunidad y la buena constitución y desarrollo de su reunión es un peldaño muy importante para acceder al misterio eucarístico.

La reunión no es el resultado de una mera coincidencia, en el mismo lugar y a la misma hora, de gentes dispersas que se encuentran por casualidad. No es un conglomerado: un contenedor de manzanas amontonadas conforme van entrando de la calle. No es una masa informe, sin identidad ni rostro; una mancha de hojas secas arremolinadas en un rincón por el viento otoñal.

Por el contrario, es reunión de "comunidad": confluencia de personas convocadas que han respondido a la llamada de "estar en la presencia del otro"; es una congregación de "conocidos" que realizan en ella el acto del "reconocimiento". A la reunión se va con prontitud e ilusión porque allí

² *Sacrosanctum Concilium*, nn. 26 y 7.

³ *Lumen gentium*, n. 1.

⁴ *Sacrosanctum Concilium*, n. 2.

se coincide con gente que comparte el mismo proyecto. En ella se vive la pertenencia mutua, la identificación como creyentes, la coimplicación en una misma experiencia y misión. En la reunión toma cuerpo el amor fraternal. En ella, y en torno al pan eucarístico, nos hacemos comensales y compañeros.

La catequesis eucarística ha de empezar, por lo tanto, por la base.

Poner sumo empeño en constituir bien la reunión. Desarrollar bien la "acogida": se llega a un lugar donde se te espera, donde da alegría verte, donde se te recibe con interés y estima, donde se te da cabida en lo que es tuyo. Cuidar el saludo mutuo, el intercambio primero, crear espacios para conversar, entrar en contacto, familiarizarse. El "inicio de la reunión" tiene densidad propia: ahí se constituye, se crea el clima, se presencializa el espíritu que la anima. Desde el principio hay que crear esa corriente de complicidad y simpatía que predispone al encuentro en profundidad. No es la monición de entrada lo que congrega; es la gente la que se congrega conforme va acudiendo y entrando en relación.

Me gustaría recordar que hay un ministerio de acogida que consiste en hacer el servicio de abrir la puerta (ostiario), introducir, relacionar a los creyentes entre sí, acomodar a los unos junto a los otros, invitar a la atención mutua, incitar a la cortesía del amor-comunión que tiene en cuenta al otro por encima de todo y ante todo.

La constitución de la reunión eucarística es la primera acción de la comunidad, que se ha congregado para poner en movimiento con todos sus resortes su ser en comunión. Porque no se confluje sólo para "estar" o "asistir", sino para vivir y desarrollar la "reunión", haciendo la comunión, celebrando el ser el cuerpo de Cristo. Por eso hay que ayudar a crear la conciencia de que todos los reunidos son "sujetos" activos y responsables de la acción eucarística y su desarrollo. El sujeto de la celebración es el pueblo de Dios, con todos sus ministerios y servicios. "Todos desempeñan su cometido propio y peculiar dentro de la acción litúrgica"⁵. Nadie está dispensado de participar en lo que allí acontece. La acción de la celebración compete a "todo el cuerpo de la Iglesia"⁶. El sujeto de la liturgia es plural: "nosotros".

⁵ *Lumen gentium*, n. 11.

⁶ *Sacrosanctum Concilium*, n. 26.

Es necesario inculcar la insistente recomendación de toda la reforma litúrgica respecto de la "participación". Todos los reunidos, por el bautismo y la pertenencia a la comunidad, tienen "el derecho y el deber" de participar (n. 14), porque no son "mudos y extraños espectadores" (n. 48), sino que deben desarrollar una participación "consciente, activa, fructuosa" (nn. 11, 14, 19, 21, 48, 50), "plena"⁷, "total... de cuerpo y alma"⁸.

Esta participación, como corresponde al buen orden y en consonancia con los carismas de cada uno, es múltiple y diversa. No todo el mundo está llamado a hacer todo y de la misma manera, aunque todo lo que se celebre sea obra común. Por ello es bueno iniciar a que cada uno se encaje con gusto en la función que le corresponde y se adhiera a lo que algunos hacen por todos. La variedad de la participación es inmensa; por ejemplo: el estar activamente juntos, el escuchar, el atender, el responder, el silencio, la proclamación, la oración en común, los desplazamientos o movimientos, los gestos, el cantar, la realización y participación en el desarrollo de la acción simbólica, el compartir los bienes, el testimonio, la profesión de fe, el servicio de las cualidades de cada uno, el asentimiento, la recepción, la interiorización, las diversas actividades de los sentidos, la atención y el cuidado de los demás, la deferencia fraternal...

3. *Iniciar a la comunicación e intercomunicación*

Que la acción eucarística comience a desarrollarse en torno a la celebración de la palabra no es una casualidad, ni un modo de llenar o entretener el tiempo. Encierra un profundo sentido al que hay que iniciar. La comunión es una realidad dinámica; lleva consigo el movimiento de salir de sí para encontrarse con el otro y hacerle el bien, enriquecerlo. Por eso el que vive la comunión pone ante el otro la mesa del compartir, que es el manjar más exquisito.

Así se comporta Dios, ofreciendo el pan de su palabra en la mesa de la comunión. Esto mismo están llamados a hacer los creyentes cuando se sientan a la misma mesa: compartir el pan de la intercomunicación. En esta mutua comunicación fraternal se desvela la comunicación del Dios compartido y entablamos relación con él.

⁷ Introd. Mis. Rom. cap. I, n. 5.

⁸ *Sacrosanctum Concilium*, n. 3.

Esto aparece de mil maneras en la eucaristía, pero de un modo palmario en la liturgia de la palabra proclamada y en la respuesta de la comunidad. Pero en la catequesis hay que ir más allá de la frialdad del rito para penetrar en el significado y poder vivirlo con más amplitud. En la liturgia está muy claro el gesto de Dios que se comunica —la lectura— y el del pueblo que responde —el canto responsorial o la oración—; sin embargo, está desdibujada o desaparecida la intercomunicación de la comunidad como tal. Este comportamiento hace aflorar la sospecha de si realmente se estarán comunicando con Dios aquellos que, pudiendo, no se comunican entre sí (1 Jn 4,19-21).

La comunión es comunicación, diálogo, intercambio, apertura y confianza, mirando a la edificación del otro, a entregarse a él, a enriquecerlo, a darle vida de mi vida. ¡Qué hermoso sería que los que dicen estar en comunicación con Dios la concretaran en la comunicación con los otros, que es la dinámica que crea en el creyente la experiencia de la comunicación de Dios! Hay que apresurarse a aprender a conversar, a departir, a salir desde la profundidad descubriendo al otro el eco de la palabra como respuesta a la misma palabra —la comunicación con Dios y con los demás se realiza en una sola acción—. Aprender también a recibir la comunicación del otro, a devolverle la comunión que ha producido su palabra, a hacer girar la rueda del diálogo, en el que como en una rueda se va enrollando la relación con Dios y entre los reunidos.

Recuperar en la iniciación eucarística la estructura del "grupo en torno a la palabra", como plataforma humana en la que es posible el diálogo, la conversación, la comunicación; esa intuición de la "homilía", que no era discurso, sino conversación, coloquio, en un tono familiar en torno a la mesa de la palabra en la que se sirve el pan de la comunicación. La forma más noble y atinada de la celebración de la palabra es el "corro", la reunión-en-torno-a, el estar comunicándose cara a cara en círculo, donde es posible dar vueltas en espiral para llegar hasta el fondo, donde florece la confianza, el descarsarse ante los otros y ante Dios como ejercicio de amor y de confianza.

El Dios que "habla" enseña a "responder", a hablar y hablarse, a vivir en diálogo, a superar la mudez —Cristo cura a los mudos—. ¿Por qué no recuperar el "hablarse" como un componente más de la acción eucarística? ¿No lo debería impedir ni la arquitectura ni la hierática disposición de los bancos en fila de los lugares de reunión! ¿O vamos a continuar siendo esclavos de las hermosas piedras y de los bancos de los templos?

4. *Iniciar al compartir*

La acción eucarística de la comunicación y el diálogo ya nos ha mostrado lo que es compartir la profundidad de la vida, desde la resonancia de la misma comunicación de Dios.

Hay que dar un paso más. Quien comparte la radicalidad de su persona se supone que es capaz de compartir "todo lo demás". Quien comparte "lo más", ¿cómo no va a compartir "lo menos"? Quien se atreve a poner en manos del otro su vida, ¿cómo no va a poner a disposición de los demás las cosas periféricas que la rodean? Pero quien no comparte "lo menos", ¿cómo puede decir que está celebrando con verdad la "entrega de la vida"? Por eso lo más visible del compartir se convierte en sacramento, indicio, símbolo o expresión de lo invisible. Compartiendo "lo menos" se celebra que se vive en una profunda comunión.

En la acción eucarística tiene un relieve singular el "partir y compartir el pan" y el "entregar la copa". Con estos dos gestos se patentiza que Jesús es una existencia entregada desde la misma raíz de su ser. Habrá que iniciar, por lo tanto, a realizar la acción de compartir. Voy a destacar dos perspectivas de esta acción.

a) Compartir la preocupación

Se comparte sobre todo, aunque no exclusivamente, con aquel que no tiene lo que yo tengo y que lo necesita. Esto supone tener sensibilidad para ver la necesidad del otro —buen samaritano—, sentirlo próximo —necesidad presente y acuciante— y estar preocupado —la situación del otro me atañe y me inquieta—. La comunión, el amor, lleva consigo la "ocupación" del otro —tengo que ver con mi hermano, lo contrario de Caín— y la "pre-ocupación": adelantarse a hacerle el bien aun antes de que me lo pida; anticiparse, prevenir. Supone la "atención" al otro, mantener fija la mente y la acción en él.

La preocupación que lleva a compartir es "com-pasión" —ser compañero del sufrimiento ajeno—, "misericordia" —amor que se conmueve ante la necesidad, se pone en acción para socorrerla—, corresponsabilidad —el otro me concierne—, solidaridad. Compartir es el amor en acción. No hay nada a nivel personal, familiar, social, político, cultural, económico, individual, estructural, nacional o internacional que no interese al compartir, que no pueda ser objeto de mi preocupación.

La catequesis eucarística que pretende iniciar a la "preocupación" que genera el compartir tiene que promocionar la sensibilidad, dar elementos de análisis de la realidad, crear espíritu de observación, estar muy atenta a superar la tentación de escapismo, ayudar a mirar y a entender, a abrir el horizonte del yo, a romper las fronteras, a asumir la realidad sin idealismos paralizantes...

b) Llevar a la práctica la preocupación: puesta en común de bienes, aunque sean escasos (Hch 2,42-46; 4,32-35).

Con la puesta en común de bienes se pone en pie la acción de la comunión. En la liturgia eucarística se conserva la "petición por las necesidades concretas y universales" —preces de los fieles— y la "colecta" —tan desfigurada y desvirtuada—.

Desde que se comenzó a celebrar la eucaristía, los que participaban en ella ponían en común con los necesitados lo que cada uno poseía. "Ninguno pasaba necesidad". "Entre ellos no había necesitados". Cuando una comunidad eucarística no es capaz de poner "lo propio en común", cuando cada uno se reserva lo suyo y "abochorna a los que no tienen", "eso" que hacen cuando se reúnen "no es la cena del Señor" (1 Cor 11,20-22). Durante mucho tiempo, en la eucaristía se ponía en común lo que necesitaban los pobres, sobre todo la comida; del pan y del vino aportado para los pobres se tomaba una porción y se ponía sobre la mesa para compartirlo como sacramento del cuerpo y sangre del Señor. Una iniciación eucarística atinada ha de impulsar a compartir "todo". Por ejemplo: compartir el tiempo; dar a los necesitados el tiempo de ocio, de descanso, y aun del trabajo, racionalizando su dedicación; compartir tiempo en la atención a los extranjeros, los marginados, los enfermos, los ancianos, el servicio a la sociedad; compartir el espacio: la casa, locales de la comunidad para acoger reuniones...; compartir los bienes de la cultura: promocionando, educando, intercambiando información y libros, haciendo un servicio temporal o indefinido a pueblos del Tercer Mundo; compartiendo las cualidades personales, poniendo los propios dones al servicio de los demás en todos los niveles de la vida y también en los ministerios de la comunidad; compartir el dinero y las fuentes del dinero como el trabajo, los ahorros, lo que se posee y acumula... Enseñar a compartir sin miedo, sin fantasías, sin traumas, sin salirse de la realidad —realismo— pero con verdad, desde la situación de cada uno. Compartir es la praxis del amor,

es la esencia de la comunión: "*cuerpo mío entregado por todos*", "*sangre mía vertida por todos*".

5. *Iniciar a la mesa (comer juntos, la comensalidad)*

Jesús se sentó a la mesa con sus discípulos; no se puso detrás de un altar. La eucaristía es comida, banquete. "Dichosos los llamados a la cena del Señor".

La acción eucarística fundamental se desarrolla sobre una mesa, para comer en ella y en torno a ella. ¡Cuántos significados no encierra la mesa de comer! La mesa es el mueble de la convivencia, de la confluencia, del compartir y la comunión. En torno a ella se reúnen los comensales.

Hay que educar para la mesa eucarística, como se educa desde niños para "sentarse a la mesa con los demás". Saber sentarse a la mesa, comportarse en ella, es signo fundamental de educación. En la mesa se conoce a las personas y la relación que establecen entre sí. En ella se supera el impulso animal de la supervivencia por el del amor, la donación, el desprendimiento, la deferencia, el respeto, la estima.

En la mesa se profundiza la relación entre las personas. "Comer con alguien", además de ser un acto singular respecto de otros animales —el ser humano es capaz de comer con otro compartiendo el alimento con generosidad, sin agredirse, en el mismo espacio—, es acción de fraternidad, de amistad, de acogida, de integración en el círculo de la intimidad, de estrechamiento de lazos, de convivencia y comunidad.

La mesa es el sacramento humano de la relación constructiva, generosa; introduce en el *sancta sanctorum* de lo más personal.

De ahí que sea tan importante la dimensión humana y cristiana de la "comensalidad": estar en la mesa del comedor en relación, en diálogo, intercomunicación, donación mutua, apertura. La estructura del relato de la institución de la eucaristía está recorrida por la corriente de la "comensalidad": él-ellos-en-relación-en-torno-a-la-misma-mesa-y-comida (salvo Judas, que genera con su actitud la contradicción de la mesa —Lc 22, 21-22—). "Lo dio a sus discípulos"; "les dijo tomad-comed"; "esto es mi cuerpo" (Mt 26,26)-"por vosotros" (Lc 22,19); la copa se la pasó y "todos bebieron" (Mc 14,23); "diciéndoles: bebed todos"; "mi sangre por todos" (Mt 26,27-28). En la mesa se sirve, se ofrece, se parte y reparte. Todos comen lo mismo, a la vez, de la misma manera. En los alimentos y bebidas que se ofrecen la gente se reconoce; hay un proceso de mostración

de las personas y de interpretación: la gente en la mesa se da al dar, interpela al compartir, se revela al ofrecer los alimentos, suplica en cada vianda. Cualquier comensal sensible vive en torno a la mesa muchas sorpresas e interrogantes: "¡Cuánto me estima! ¿Qué querrá de mí? ¿Cómo podré responder yo?"

La mesa puede afianzar el orden establecido, pero también lo puede subvertir, dependiendo de cómo y con quién se coma. Cuando se come en la mesa con un marginado, se le integra; cuando con un distinto, se le iguala; si llega un siervo se le libera; si un hombre sin hogar, encuentra familia; cuando se sienta un hambriento, se le sacia el hambre. Si los comensales se desinhiben y entran en una concurrencia de servicio mutuo, se rompen los estratos sociales y las jerarquías; aparecen la igualdad y la fraternidad. En la mesa el que preside es el que más ha trabajado por los demás, el que lleva la tensión del desarrollo de la comida, el que sirve los alimentos. El que invita sirve y sirviendo preside.

En la mesa de comer, además de gestos, hay palabras: la mesa es también el mueble de la conversación; lo que entra por la boca, ofrecido como don, sale por la boca convertido en palabra. El comer con los otros los alimentos abre el corazón, rompe el silencio, retira las barreras, desinhibe. Cuánto más singular es una comida, más se habla, más dicharochero se está, más se alarga la comida, más historias se cuentan, más se alza la voz. Hay momentos en la mesa en que se habla a borbotones, atropelladamente, se ríe y se canta. ¿Quién no ha vivido esas interminables "sobremesas"? ¿Es urgente recuperar la "sobremesa"!

En la mesa se habla de todo, pero principalmente de lo que está sobre la mesa para comer y beber; de lo servido. Los alimentos son mensajes, están cifrados: cada uno sugiere una historia, lleva escrita una dedicatoria, contienen una leyenda; tanto en el plato como en la copa. La mesa humana no es sólo para comer, sino para comer en relación, y eso exige descifrar juntos los alimentos, jugar con ellos, conversar sobre ellos y desde ellos, reconocer lo que en ellos mismos se da como amistad, amor, interés, estima, proclamación de un acontecimiento. Hablar sobre los alimentos servidos en la mesa no sólo no es una falta de educación, es necesario. ¿Quién sabría que ese "pan partido y entregado" era el mismo Jesús, si no se hubiera hablado sobre ese pan que se daba y se iba a comer? La *Haggadá* de la cena pascual judía se desarrollaba en torno a la explicación del significado profundo de los alimentos que estaban colocados sobre la mesa.

La mesa eucarística, por fraternal, es la mesa de "la palabra". Sólo comen sin hablar los desconocidos o los que están enfadados. Sentarse a la misma mesa con un desconocido sin entablar relación con él es una aberración humana si se tiene sensibilidad. (Cuando se come con alguien en la misma mesa de un restaurante y se sale sin cruzar palabra con el comensal, se puede estar seguro que lo único que se ha hecho es tomar "su ración".) La mesa es fraternidad y para la relación fraternal; diálogo y reconocimiento; uno junto al otro —nosotros, compañeros—. En la mesa se come el uno frente al otro, para verse, mirarse, ofrecerse. Se habla con los ojos, con los gestos, con los brazos y las manos, hasta con los pies. También y sobre todo, con la palabra. Nunca se insistirá suficientemente en lo importante que es iniciar a la "mesa": recuperar el sentarse juntos, el comer reunidos, el departir en torno a los alimentos, el "saber" comer y beber; despertar no sólo las actitudes de un buen comensal, sino también todos los sentidos que entran en juego en el comer desde la vista hasta el olfato, desde el gusto hasta el oído, pasando por el tacto. En la mesa se vive la percepción del arte total, dirigido a todos los sentidos; toda la sensibilidad se pone en juego para hacer vibrar a tope la conciencia. La cocina es la artesanía de las artesanías; la manifestación cultural más sublime. Una mesa preparada a conciencia es el mejor museo, aunque sea efímero; es tan sublime que nace para consumirse en aras de la gratuidad del amor.

La eucaristía: mesa fraternal, construida por el amor, donde se comparten, en los mismos alimentos, las realidades más profundas de la existencia de los creyentes; comunión con Dios, con Cristo y entre nosotros.

¿Se podría pasar del "altar" a la "mesa"? Ese mueble amplio que tiene la pretensión de reunir a todos entre sus alas. Intensificar el "en torno a", "sentados a", "agrupados alrededor de". En la eucaristía se es llamado a sentarse a la misma mesa, a comer. El que "sabe comer" puede percibir el símbolo eucarístico de la comunión.

6. *Iniciar a lo que se come*

Toda comida puede estallar, aun la más común y rutinaria, en una multiplicidad de significados. Pero las comidas "celebrativas", esas que se organizan para vivir con profundidad y expresar con excepcionalidad un acontecimiento, han de ser especialmente significativas.

Por ello es necesario iniciar a "los significantes". Sobre todo si, como ocurre en la eucaristía, se han reducido a la mínima expresión, son un simple boceto de lo que eran y, en muchas ocasiones, han llegado hasta nosotros en un ritual estereotipado. La comida eucarística es un alimento fresco y jugoso en significados, no es una piedra ni una momia. Es pues preciso redoblar los esfuerzos para que, por medio de los alimentos eucarísticos, tengamos acceso a las realidades de comunión que nos ofrece la mesa del Señor.

Son muchos los símbolos colocados encima de la mesa de la eucaristía, portadores de una inmensa riqueza de significaciones y que, con gran tino, están espléndidamente explicitados en muchos libros sobre este sacramento. Como el presente artículo ya no tiene más espacio, me limito a enumerarlos, para que los grupos de catequistas puedan elaborarlos por su cuenta:

* "Comer y beber"

* ¿Qué se come y se bebe?:

– Se come el Pan

– Se bebe el Vino de la Copa:

. Significado de beber la Copa

. El Vino

* Comer el Pan y beber la Copa acción de *comunión con Jesús y entre los discípulos*

– *cuerpo* entregado en el Pan compartido

– *Sangre* derramada en la Copa

– Alianza de comunión

– *Presencia* real y verdadera del *cuerpo de Cristo*